

Eliana

Caminando por Pedro de Valdivia suelta mi mano, quizás era la única que siempre confió en que no necesitaba tanto agarre. Quería enseñarme a caminar sola.

Voy encandilada por el brillo de los adoquines, son los noventa en Chile y se respira ese nuevo caminar, pero aún esa calle a la que llegamos se llama "11 de Septiembre".
Acaban de abrir un Pizza Hutt, hay fila para reservar mesa.

Recorremos la galería de la Zona Franca, no compra nada, tiene que hacer durar los pocos billetes que su ex marido le envía. Nunca entendió muy bien eso de la plata.

Son los noventa en Chile y el divorcio no es una opción, tampoco lo quiere, cree en el sacramento aunque con quien se casó viva a cientos de kilómetros y con otra mujer.
Son los noventa en Chile y yo no entiendo muy bien a donde transicionamos.

Bajamos las escaleras del Paseo las Palmas la sigo acompañando en su periplo. Ya ha saludado a tres garzones, dos dependientas, un par de caballeros. Se deja querer, es pura simpatía.
Compartimos un sandwich de miga mientras yo me fijo en la gente que entra y sale del metro, estación Los Leones, un violinista acompaña a los transeúntes que tampoco saben hacia donde transicionamos.

Almacenes París, un teléfono público, la fuente de agua rodeada de unas bancas donde descansan un montón de viejos con maletines. El Almac. Un video club.

La Eliana era bonita, de sonrisa fácil. En eso nos parecemos, ahí es donde solemos esconder los dolores. Más valiente que yo, estudió literatura un par de años y abandonó las letras para casarse con un distinguido doctor. Se equivocó.
Cuatro hijos vivos y dos muertos, ningún parto con anestesia.

Avanzamos hacia Providencia, diviso una estructura nueva: "Panorámico" dice el cartel.
Entramos al "Lomits" les pide una porción de carne y arroz para llevar, odia cocinar y no le da vergüenza reconocerlo.

Retomamos el rumbo, compra un plátano fuera del Drugstore, será su postre, lo esconde en su cartera.
Yo me quedo fijamente mirando a un hombre sin piernas que toca la flauta fuera de una farmacia.
En ese Tavelli suele juntarse con sus hijos.
También estan transicionando.
Un café helado. Hoy no me lo ofrece, es fin de mes.

"Pololee hartito mijita" me dice mientras sigue caminando, yo vuelvo a contar adoquines y me subo al taxi que sé que no va a pagar, ya no tiene nada, le quitaron la vida, los libros, Cauquén, sus honras, su paz.
Aún usa anillo y un par de joyas que no llaman mucho la atención. Una reina sin corona, la imagino mientras la miro.

"Hasta aquí no más" le dice al chofer, mira el taxímetro y le pide una rebaja. Como queriendo bajarse de la vida, así fácilmente, "hasta aquí no más" con eso debiese bastar.

En Cauquén probablemente no existían los taxis, pero me contaba las historias del tren y de su prima y sus caballos. En Cauquén fue feliz, tenía sueños, familia, lucidez, amigas, fiestas, una casa grande que su hermano se bebió, en Cauquén fue novia, en Cauquén la Virgen de Las Espigas, en Cauquén su tumba.

Encontraba calma ordenando su closet, otra herencia que me regaló, recuerdo llegar a su departamento, esos duplex en Antonio Varas, el olor a gas de los pasillos, los niños sin pelo caminando al Calvo Mackena que está justo detrás.

Recuerdo entrar y verla arrimada sobre un silla re ordenando su historia, la historia que vamos escondiendo las mujeres en los cajones de una casa. Mientras transicionamos.

Ordena, dobla, clasifica fotos, pedacitos de fotos.

Bolsos, vestidos, regalos que nunca ha abierto y que vuelve a regalar. Libros. Cuadernos, libretas.

Me pasa uno cuadriculado y miles de recortes de la última página de la revista Vivienda y Decoración, “arma este cuaderno con las flores y después lo miramos juntas”, nunca lo hice.

Flores y cuadernos cuadernos y flores.

Bajamos, esta vez si me da la mano, se respira el olor a pito tan característico de esa esquina, quienes trafican ahí en la plaza Juan XXIII la conocen, la quieren.

La Divinia Providencia y su campanario amarillo el mismo que el terremoto derrumbó unos meses después de que muriera.

Aquí, entre la iglesia y la plaza, su lugar seguro.

Nos reciben sus cuatro amigas, en eso también nos parecemos.

Nos aguachamos a los amigos que la vida nos va regalando.

Nos afirmamos para seguir llorando en silencio nuestros dolores mientras sonreímos.

Transicionando.